

ENRIQUE KRAUZE

CHIHUAHUA, IDA Y VUELTA

Cuenta Marc Bloch que en un viaje que hizo a Estocolmo con Henri Pirenne, sugirió la visita a los archivos de la ciudad como primer acercamiento a la historia sueca. Para su sorpresa, el maestro se negó a acompañarlo: había que hurgar en la gente antes que en los papeles, recorrer las calles no los manuscritos, palpar la vida para entender la historia.

Con esta prescripción viajo a Chihuahua. Para mi sorpresa, lo primero que pido a mi anfitrión y amigo Héctor Chávez es visitar museos e historiadores y comprar libros de historia local. Me consuela pensar que sigo los consejos de Pirenne, aunque de modo paradójico: ellos buscaban en el presente las huellas del pasado; yo intento comprender un poco el presente intenso y complejo que vive Chihuahua, mediante un rodeo inverso: acercarme a la historia para palpar la vida.

Mientras cruzamos la ciudad rumbo a la casa de don Francisco R. Almada, Héctor y yo recordamos a José Fuentes Mares. Meses antes había concertado una cita con él para hablar largo del "verano caliente" que veía venir en Chihuahua. Por teléfono me había sugerido la lectura de una de sus obras más famosas y controvertidas: *...Y México se refugió en el desierto*. Aunque padecía un cáncer terminal, sonaba tan expansivo como siempre. De allí la sorpresa de su muerte.

Don Pancho, el fecundo historiador del norte mexicano, es ya un viejecito enjuto y tembloroso de casi 90 años con el que no es sencillo dialogar, pero conserva intacta la memoria. En la hora exacta que conversamos se refirió, sobre todo, al siglo XIX: las guerras contra los indios; la invasión norteamericana; las controversias entre los presidentes Juárez y Díaz con el cacique Luis Terrazas. En cierto momento interrumpió su relato para subrayar "los cincuenta años de paz que nos ha dado el PRI". A su juicio, el pecado mayor del PRI ha sido bloquear en dos ocasiones su democratización interna: en 1932, cuando la propuso Calles, y en 1964, con Madrado. La plática concluye en 1910 con una frase redonda: "La gente se cansa de la autoridad cuando tiene un continuismo constante. Aunque sea buena la autoridad". Le pregunto si no percibe hoy una circunstancia parecida. Su respuesta es sí.

Después de recorrer el museo de Francisco Villa y hacerme de algunos libros de historia de Chihuahua, visitamos a Zacarías Márquez, el cronista de la ciudad. Su largo y mati-

zado relato sobre la vida colonial e independiente de Chihuahua parte de un epígrafe oral: "Somos dos países distintos". Casi con estupor, anoto la azarosa cronología que narra. Pienso que mi desconocimiento de la historia del México septentrional no es sólo vergonzoso sino sintomático de un centralismo cultural más grave que el político y el administrativo. Horas después, al repasar en el hotel los apuntes de las dos conversaciones y leer la bibliografía básica de Chihuahua, caigo en la cuenta —a estas alturas— de que "fuera de México *nada* es Cuautitlán".

La isla apache

La verdadera guerra de los "hombres del progreso" contra los "indios bárbaros" no ocurrió en el Oeste norteamericano sino en una amplia faja del septentrión novohispano y más tarde mexicano. Los verdaderos personajes de leyenda no fueron Buffalo Bill o el general Custer sino los comandantes novohispanos O'Connor, De Croix y Cordero; los mexicanos Angel Trías (hijo y padre) y Joaquín Terrazas; el jefe tarahumara Teporaca y una larga genealogía de jefes apaches que concluye con Victorio, Ju y Geronimo. El enfrentamiento entre pieles rojas y caras pálidas ocupó algunas décadas en la historia de Estados Unidos, mientras que en Chihuahua —y, en proporción apenas menor, en casi todo el norte de México— fue el hecho fundamental por casi doscientos cincuenta años. Cualquier mexicano del centro que tome un libro de texto aprende que la Conquista concluyó en 1521. Cualquier chihuahuense con memoria sabe que en su estado la conquista de los indios, iniciada a fines del siglo XVI, concluyó, hace apenas un siglo, con su virtual extinción y confinamiento el año de 1886.

Situado entre la abrupta Sierra Madre Occidental y el desértico Bolsón de Mapimí, el amplísimo territorio de Chihuahua se abre como un embudo hacia el norte y se angosta hacia el sur. Aunque algunas expediciones cruzaron en el siglo XVI aquel "paisaje desalmado y solo" en busca de

las legendarias ciudades doradas de Cibola y Quivira, es sólo hasta principios del siglo XVII cuando Juan de Oñate traza la espina dorsal que parte del centro hasta Santa Fe, la capital de Nuevo México. A los conquistadores siguen los mineros, los sacerdotes, los ganaderos, los comerciantes. En 1631 se funda San José del Parral, enclave minero al que decenios después seguirían varios otros. Con todo, la densidad humana de aquella parte de la Nueva Vizcaya es menor que la de otros territorios contiguos. "La colonización hacia el norte —explica Fuentes Mares— se dio en forma de Y, pero en medio quedó este corredor central al que le hicieron asco y así nació Chihuahua, aislada de las grandes corrientes colonizadoras del siglo XVII".

A la aridez del suelo y el encajonamiento geográfico se sumó el hecho de que la Corona se preocupase por el territorio sólo con una lógica política y militar. La fundación a principios del siglo XVIII de la ciudad de Chihuahua, cerca del mineral de Santa Eulalia, respondió al deseo expreso de contar con un centro de importancia al norte de Durango y Parral, y al sur de Santa Fe. Con todo, el motivo principal de aislamiento fue la guerra. De entre las muchísimas naciones indígenas que poblaban aquellas provincias, los primeros que se levantaron en armas a principios del siglo XVII fueron los tepehuanes y los tobosos. En la segunda mitad de aquel siglo, los principales rivales del colonizador novohispano fueron los tarahumaras, que desde principios del siglo XVIII comenzaron a replegarse hacia la montaña. La zona de guerra más intensa es siempre la misma: el meridiano 107. La verdadera pesadilla aparece poco después: los feroces apaches. El secreto de su resistencia —que se prolongaría casi dos siglos— es su carácter nómada. "Andan siempre volantes" dicen los cronistas.

El ascenso de los borbones modificará paulatinamente el paisaje de guerra. La Corona pasa a la ofensiva. Funda enclaves de defensa (presidios), crea una comandancia especial para Nueva Vizcaya y Nuevo México, procura alianzas con la tribu comanche para enfrentarla a la apache y discute campañas y métodos de dureza y efectividad sin precedente. (Es el comandante Cordero quien renueva una vieja práctica indígena: escalar cabelleras). Hacia 1790, los apaches acuerdan por fin una tregua que durará cerca de cuarenta años.

El siglo y medio de guerra cotidiana apenas ocultaba un vasto proceso de mutua aculturación: los indios habían adoptado las armas de fuego y el caballo, no la religión ni las costumbres; los blancos se acostumbraron también a "andar siempre volantes". La guerra reforzaba en aquellos descendientes de los primeros colonizadores vascos un sentido de autonomía casi medieval: exacerbación de la libertad individual (la libertad como franquía, diría Ortega y Gasset); una solidaridad y un sentimiento igualitario que nacen del enfrentamiento contra un enemigo que no discrimina; una propensión natural al autogobierno.

No es casual que en 1810 la región reaccionase en contra de la insurrección del cura Hidalgo. Nueva Vizcaya era realista. El escaso apoyo a su lucha contra los indios había llegado de España, no de la capital del Virreinato. Como ocurre siempre en las circunstancias (territoriales, culturales) de frontera, la futura Chihuahua afirmaba su identidad afiliándose al verdadero centro: la metrópoli. Por añadidura, a principios del XIX y gracias a la tregua apache, las

Provincias Internas —como se denominaban— gozaban de su primer momento de paz y franca expansión económica en dos siglos. ¿En qué podía beneficiarlas la independencia? Aquel "mundo clausurado" (Fuentes Mares), aquella "isla en el sentido militar, geográfico, etnológico" (Márquez) jamás había visto hacia el sur. De allí la indiferencia y hasta la crueldad con que trató a los insurgentes. De haber sido preso en otra provincia, Hidalgo hubiese sido simplemente fusilado. En Chihuahua, la isla apache, se le decapitó.

México se liberó de España, pero Chihuahua no se liberó de los apaches. En 1832 se recrudescen de nueva cuenta la interminable guerra. La secesión y la posterior anexión de Texas canalizan el impulso apache hacia México. En Chihuahua, la guerra con Estados Unidos es apenas un paréntesis de tres derrotas y la dura pérdida de una franja territorial. A diferencia de Coahuila, estado de mayor tradición cultural hispana que resiente como ningún otro la mutilación de su territorio, Chihuahua no abraza profundos agravios nacionalistas. Desde 1830 se ha abierto al comercio con los norteamericanos. Ciertamente, la Legislatura chihuahuense será la única que no firme el Tratado de la Mesilla y el general Trías padre combatirá tropas y filibusteros, pero el ánimo público no percibe la vecindad norteamericana como un riesgo. El problema de Chihuahua a mediados del siglo XIX sigue siendo el mismo. Ya corría el refrán popular "Ay Chihuahua, cuánto apache". Las cabelleras indias comienzan a cotizarse arriba de los doscientos pesos.

"En Chihuahua —afirmaba José Fuentes Mares— no hubo guerra de Reforma... porque no había Partido Conservador, no había más que liberales y a la hora que un señor Arriaga se quiso levantar, Esteban Coronado lo mandó preso y se acabó el cuento". La represión de los grupos conservadores en la guerra de 1858-60 fue un poco menos sencilla, pero el hecho quizá más notable de la reacción chihuahuense a la guerra civil está en una carta del propio liberal Coronado (firmada también por el encargado del Poder Ejecutivo José Eligio Muñoz) y dirigida al hombre fuerte de Nuevo León, Santiago Vidaurri:

Creemos que el porvenir de los Estados del Norte está en una segregación temporal de México y los Estados del Centro, y que hoy se presenta la ocasión de proporcionarnos ese bien, que intuitivamente buscan los que en más de 30 años de dolorosa experiencia han perdido toda la fe en la dominación central. La actual Constitución de la República no podrá en nuestro juicio plantearse, sino después de algunos años, en los Estados que viven en el oscurantismo y la superstición, y no se hallan a la altura de mirar y comprender los bienes que les brinda nuestro nuevo Código... Mientras ella nos sirve de bandera, estamos en el camino de la patria, de la legalidad y del honor; los Estados que no la siguen son los que rompen los lazos que nos han unido. Más adelante los reanudaremos con recíproco provecho, y no seremos entonces, como hoy, los desmejorados socios de la compañía del león. No pensamos, ni por un momento, en una separación definitiva, y mucho menos en una infame anexión, que nos acarrearía mayores males de los que tratamos de cortar. Pensamos en una especie de ausencia o largo viaje que mejore nuestros padecimientos físicos y morales, que fortifique todo nuestro ser que ya se consume, y que haga más gratos y fructuosos los goces de una nueva reunión.

Sin llegar a los extremos secesionistas de Coronado, el nuevo hombre fuerte, Luis Terrazas, seguirá pensando que



LOS SÚCESOS DE TEMOCHIC.

José Guadalupe Posada, *Gil Blas*, 1894

los intereses de Chihuahua —que muy pronto coinciden con los suyos propios— tienen preeminencia sobre los de la caótica, exangüe y centralista federación. Desde 1860 hasta 1865 Chihuahua entra en conflicto con la autoridad central por varios motivos, entre ellos el destino de los bienes desamortizados del clero y el de los ingresos aduanales. Mientras el centro limita el uso de gravámenes por los estados, el gobierno de Chihuahua ocupa las rentas federales para sufragar sus gastos y su guerra. La querrela sube de tono cuando Terrazas envía un contingente mermado a luchar en Puebla contra los franceses. Dos años más tarde, cuando México (Juárez) se refugió en el desierto (Chihuahua), Terrazas deja temporalmente su capital, recelando del "poder omnímodo" del Presidente.

En torno al conflicto centralismo-federalismo encarnado en el binomio Juárez-Terrazas se entabló, hacia los años cincuenta, una de las mayores polémicas de la historiografía de Chihuahua. En *...Y México se refugió en el desierto* Fuentes Mares había tomado el partido de Terrazas, delineando la biografía de un típico *self made man* de raíz hispánica enfrentado a la "inclinación idolátrica" del presidente oaxaqueño. No tardó mucho en reaccionar don Francisco R. Almada. Su libro *Juárez y Terrazas (aclaraciones históricas)* desmintió la imagen romántica de Terrazas. (Igual que Villa, significativamente, Terrazas sigue siendo un personaje sobre el que los chihuahuenses no tienen una versión definitiva.) Pero en el fondo de la polémica estaba menos una discusión sobre el carácter angelical o diabólico de Terrazas, que un conflicto real y profundo de valores: nacionalismo y regionalismo, centralismo y federalismo.

Chihuahua había demostrado en la guerra del 47 que no quería dejar de pertenecer a México, que era un baluarte cultural y militar de la nación. Pero si el centro del país se empeñaba en una lucha intestina y casi convocaba, en su debilidad, la intervención extranjera, parecía natural, en efecto, que los chihuahuenses comenzaran a ver por su propio santo. Lo que finalmente rompió la tensión, favoreciendo el sentimiento nacional sobre el local, fue la larga estadía del presidente Juárez en Chihuahua y su triunfo sobre el Imperio. Además de visitar —sacralizar— el sitio donde Hidalgo había sido ejecutado (y de bailar incansablemente con todas las jóvenes de Chihuahua) la "inclinación idolátrica" de Juárez obra el milagro de desagaviar a la isla olvidada, induciendo en ella un sentimiento más profundo de filiación nacional. Juárez no ignoraba del todo los azares de la guerra apache (de hecho ordenaría, en 1868, la erección de varias colonias militares en el norte y en particular en Chihuahua), pero en 1865 su única obsesión era la "causa sagrada" (palabras suyas) de la Independencia Nacional.

El eterno retorno del apache ocurrió en 1880. El jefe Victorio muere en la batalla de Tres Castillos. Sus sucesores —Ju y Gerónimo— intentan una rendición digna, pero una celada cruel de Joaquín Terrazas y Juan Mata Ortiz les cierra todos los caminos salvo el del sacrificio. Mientras la última y triste caravana apache regresa a su reservación definitiva, Gerónimo emprende sus últimas hazañas. En 1886 un oficial mexicano lo entrega a las fuerzas yanquis.

Hace un siglo exacto concluyó la guerra, pero no la cultura de la guerra. Cinco años después, en el mismo escenario de la violencia —el meridiano 107—, el pueblo de

Tomochic protesta contra la imposición política. Quieren como "autoridad uno de los del pueblo". En 1891 ocurre el primer enfrentamiento entre los "pelones" federales y los tomochitecos a quienes guía un iluminado: Cruz Chávez. La lucha tiene tintes religiosos: Chávez actúa bajo la inspiración, quizá directa, de "la Santa de Cabora", joven sonoreense cuyos tranques convocan la devoción popular. Antes del combate, los tomochitecos habían velado sus armas con el signo de la cruz: "¡Viva el poder de Dios y muera el mal gobierno! ¡Viva el poder de la Santísima Virgen y la Santa de Cabora!" Días después recorren 400 kilómetros de sierra para visitar a su santa. No la encuentran. De vuelta a Tomochic se alistan para la batalla final.

Heriberto Frías, subteniente del 9o. Batallón de Infantería que participó en las operaciones, escribió una novela célebre, *Tomochic*, en cuyas páginas se lee:

¿Qué rebelión era aquella?... El pueblo chihuahuense se declaraba en elogios estupendos a los hijos de Tomochic. Eran unos semidioses: invencibles, denodados, audaces, unos tigres de la sierra... Cruz Chávez, el caudillo, les predicaba una extraña religión, especie de catolicismo cismático... Aquel puñado de fieros hijos de las montañas estaba poseído de una frenética demencia mística. Un vértigo confuso (y) poderoso... sopla sobre la tribu aislada extrañamente de la vida nacional.

En agosto de 1892, el general Rangel, jefe de la zona militar de Chihuahua, marcha a Tomochic con órdenes definitivas de reducirlo por la fuerza. Mientras en la sierra aparecen nuevos santos, en Tomochic ocurren escenas increíbles: hombres disfrazados de mujeres enlutadas que abren de

pronto sus ropas y disparan a la tropa, oficiales que se desprenden de sus insignias para esquivar la "puntería apache" de los alzados, asedio e incendio final del templo en el que los últimos tomochitecos se refugian sin rendirse. En septiembre de 1892 Tomochic entró al orden y a la leyenda.

La estela de guerra no concluyó ahí. En 1893 y en el mismo meridiano, la gente de Namiquipa se levanta en armas, con el modesto objetivo de "quitar de su puesto al Supremo Poder de la Nación". Según datos de don Francisco R. Almada, entre 1893 y 1903 hubo en Chihuahua siete levantamientos por cuestiones político-electorales. En 1906 aparecieron brotes magonistas en Casas Grandes y Ciudad Juárez. En 1908, por efecto seguramente de la crisis económica que había afectado el año anterior a la minería, el número de brotes en el área rural fue de 26. No es casual, por tanto, que Chihuahua fuese el escenario principal de la revolución democrática maderista. En San Isidro —siempre en la misma longitud— se levanta el rancharo protestante Pascual Orozco. En San Andrés se inicia la carrera centellante de Pancho Villa. ¿Cómo explicar los extremos de crueldad a los que llegarían Villa y sus dorados sin recordar la "apachería"? El carácter nómada de Villa, su habilidad para "andar siempre volante" (para "navegar", según su propio término), su astucia, su puntería y hasta el estruendo de las famosas cargas de caballería ¿no son, en esencia, resabios directos de aquella guerra?

Una tradición violenta; un profundo sentido de aislamiento; la visión de la vida como un desafío; una cultura



TERESITA URREA.

(LA SANTA DE CABORA)

a quien se atribuye por los partidarios gubernistas una participación directa en los sucesos de Tomochic.

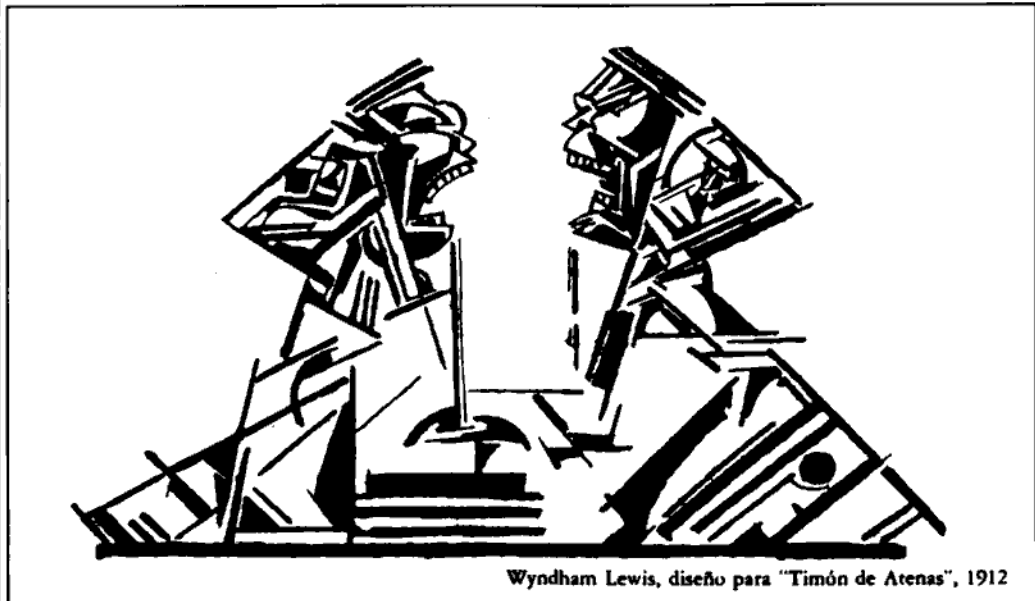
José Guadalupe Posada, *Gil Blas*, 1892

básicamente criolla, laica, liberal; un autonomismo ancestral; una fidelidad a la raíz cultural española, que por su misma naturalidad y consistencia permite el comercio con lo anglosajón sin implicar, al mismo tiempo, la pérdida del alma; un resentimiento antiguo frente al poder central que fácilmente se traduce en un odio casi racial contra todo lo que llega del sur; una zona de tensión, el meridiano 107, que duró casi tres siglos en armas; una propensión popular a vincular la política con formas de mesianismo; cierta solidaridad que, aunada al individualismo, atenúa las tensiones de clase; un concepto instrumental (criollo) y no místico (mestizo o indio) del poder y la autoridad; una historia blanca de coraje y valor que no ha tenido su *Martín Fierro* o su John Ford; una "visión de los vencidos" aún más trágica y valerosa que, a falta de una literatura propia, jamás conoce-

Convergencias religiosas

Reunión de editores de periódicos. La conversación toma cauces previsibles: el crecimiento y la maduración del público lector, el auge de las páginas editoriales, las sutiles y no tan sutiles presiones del mundo oficial. De pronto alguien toca el tema de la vida religiosa en Chihuahua. Fervorosamente, uno tras otro opinan y abundan. Apenas si se habló de otra cosa en toda la cena. Al día siguiente visito a un grupo de sacerdotes; no traducen, como Hidalgo, a Racine ni leen a Voltaire, pero transmiten una impresión de liberalidad. La conversación toma esta vez un rumbo simétrico y opuesto al de la cena del día anterior: parte de asuntos religiosos y desemboca, con fervor, en la política.

Cosas nuevas y extrañas están pasando entre la grey



Wyndham Lewis, diseño para "Timón de Atenas", 1912

remos; biografías de personajes (los dos Terrazas, Villa) que aún ahora son materia de controversia y recelo en la memoria de sus víctimas y victimarios; la imagen de la Revolución Mexicana como un proceso abierto, al que Chihuahua aportó la iniciativa y la fuerza pero cuyos postulados no siempre correspondieron a las necesidades de su vida diaria y concreta. Todo esto se palpa en la historia de Chihuahua.

Mientras caminamos por el zócalo, Héctor Chávez me señala la antigua casa de los Creel, una de las muchas presencias de arquitectura porfiriana en Chihuahua. Según la leyenda, Porfirio Díaz se asomó alguna vez al balcón para saludar a los paseantes. Luego de un rato de ver caras y atuendos criollos, preguntó "¿Dónde está el pueblo?" Se ignora la respuesta que dio Creel. De haber estado allí, Zacarías Márquez hubiese explicado con una ironía no exenta de corrección: "Con su venia —o sin ella— señor Presidente, somos dos países distintos".

chihuahuense. En Ciudad Juárez ha tomado cierta fuerza el movimiento de Renovación en el Espíritu Santo, cuya sede principal se encuentra, al parecer, en la ciudad de México. Los "carismáticos", como se denominan, pertenecen, desde luego, a la Iglesia Católica, pero ciertos rasgos de su religiosidad individual provienen del Pentecostalismo protestante. Se trata de una experiencia con acentos emotivos, en la que no faltan iluminaciones, testimonios, éxtasis, voces, profecías, glosolalia (o don de lenguas) y otras manifestaciones sensibles del Espíritu Santo. Elemento central en este "nuevo fundamentalismo" es la lectura de las Sagradas Escrituras. Uno de los sacerdotes admite la similitud casi sospechosa de los carismáticos y los pentecostalistas, pero no se alarma: "Aunque es un movimiento superficial y sentimental, tiene sus valores y es católico". "Incidentalmente — agrega — Barrio, el candidato del PAN, es carismático".

Más interesantes aun, y —si recordamos la historia del meridiano 107— quizá más preñadas de posibilidades, son

las comunidades de base. El origen de esta "iglesia cerca del pueblo" se remonta en Chihuahua al principio de los años setenta. Con altas y bajas ha trabajado desde entonces en colonias marginales de la ciudad, pero su mayor éxito ha sido la labor del sacerdote diocesano Camilo Daniel con los campesinos de la región del Noroeste. Egresado de Roma, poliglota y especialista en Sagradas Escrituras, el Padre Camilo practica una "versión equilibrada" de la Teología de la Liberación. En contraste con aquél otro Padre Camilo, el mexicano no abreva en el mesianismo marxista sino en el anarquismo cristiano de la patrística. "A diferencia de los curas comprometidos del sureste —explican los sacerdotes— el compromiso del Padre Daniel no ha perdido su sentido ministerial, pastoral, religioso. Aunque defiende la vida concreta de los campesinos, su acento principal lo pone en la fe y la esperanza". El padre Camilo ha encabezado ya algunas medidas firmes en favor de los campesinos. A fines de 1985 los campesinos tomaron 70 bodegas de la Conasupo para lograr que aumentaran los precios de garantía. La presión surtió efecto. Con el apoyo del Presidente Municipal de Cuauhtémoc, el pesetista nominal y antiPRIista real Humberto Ramos, Daniel fundó la UPCALA (Unión para el Progreso de los Campesinos de la Laguna de Bustillos) y más tarde, con participación del PSUM local, la Federación Democrática Campesina.

Pero la novedad mayor, sin duda, es la actividad del clero chihuahuense en torno a la vida política del estado. No es muy usual en México, al menos desde hace sesenta años, escuchar declaraciones como ésta en labios de un obispo:

El pueblo está cansado de engaños y habrá violencia si no se respeta el voto. (Adalberto Almeida, Obispo de Chihuahua.)

El 19 de marzo de 1986 los obispos de Chihuahua, Torreón, Tarahumara, Ciudad Juárez y Nueva Casas Grandes publicaron la exhortación pastoral *Coherencia cristiana en la política* dirigida "a los católicos que militan en los partidos políticos". En esencia, el documento critica al sistema político mexicano en dos flancos: "la intolerancia y absolutismo de un solo partido", prácticas contra las que se declaró, expresamente, el Concilio Vaticano Segundo, y la "corrupción que se ha apoderado desde hace tiempo de las instituciones" y cuya causa primera es "la reticencia que se tiene a abrirse a una sincera y auténtica democracia". En un párrafo que recuerda más a Lord Acton que a las autoridades remotas o próximas de la Iglesia, se lee:

La falta de democracia en un partido revela la voluntad decidida de ejercer el poder de una manera absoluta e ininterrumpida. Y el poder absoluto, en manos humanas, necesariamente limitadas, lleva inexorablemente a la corrupción.

Renglones adelante, la exhortación tipifica casos concretos de corrupción política utilizados a menudo por el PRI (desvío de fondos para cubrir gastos de campañas, uso exclusivo de medios de comunicación, presiones sobre sindicatos, ciudadanos, burócratas etc...) y concluye negando toda posible justificación a la necesidad de permanencia de un mismo partido en el poder:

No hay que dejarse sorprender por este tipo de justificaciones... repetidas siempre por regímenes totalitarios y que esconde, en el fondo, el temor de que el pueblo todavía no esté maduro para discernir el camino que más le conviene.

A raíz de una advertencia presidencial contra toda intervención del clero en cuestiones políticas, el arzobispo Almeida había convenido, días antes, en el principio de que la Iglesia no participe en política partidista... "sin embargo, es responsabilidad de la Iglesia luchar por el bien común y a eso no renunciamos". Mientras en Ciudad Juárez el obispo Talamás —un fedayín católico de estirpe betlemita— pedía no sólo la derogación del Artículo 130 sino una nueva Constitución, el vocero oficial de la Diócesis de Chihuahua declaraba:

La Iglesia no mantendrá silencio ni complicidad ante un fraude electoral porque se trata de un pecado tan grave como el robo o el aborto.

No es preciso ser un especialista en historia político-religiosa para advertir que en Chihuahua aparecen nuevas actitudes de la Iglesia ante el Estado. Admitirlo y calibrar sus consecuencias es cosa muy distinta a ver —como hacen algunos jacobinos— en la Iglesia norteña el motor de una conspiración contra el Estado mexicano, México y los mexicanos. Los exordios democráticos de la Iglesia, aun si son hechos de buena fe, me parecen dignos de toda sospecha; pero los exordios inversos, transidos de estatolatría y santa ira laica, me lo parecen aún más.

¿Cómo explicar los acontecimientos de Chihuahua? Se trata, quizá, de un fenómeno de convergencia por fuera y dentro de la Iglesia mexicana. Durante los conflictos de 1926-1929 Chihuahua se mantuvo al margen de la guerra gracias a la efectiva labor de Antonio Guizar y Valencia, el famoso Arzobispo oriundo de Cotija que más tarde tendría un papel destacado en los arreglos con Roma. Hasta en sus formas Guizar era un prelado del México viejo: con corte, pompa y caudatario. Para sucederlo se entabla una división. Quien a la postre llega es un chihuahuense de pura cepa: Adalberto Almeida, nacido en Bachiniba. Muy pronto se revela como un dirigente natural en esa sociedad tolerante: "ortodoxo pero abierto, no marxista pero responsable en lo social". Adiós a las velas y el devocionismo propio de la religiosidad del centro. Lo que Almeida busca es "una respuesta seria y sana en la vida".

El caso de Chihuahua es pionero pero no único. Originalmente el episcopado mexicano se nutría de curas provenientes de Jalisco y Michoacán que iban a estudiar al Pío Latino de Roma. La última generación de estos sacerdotes concertó el *modus vivendi* con el gobierno: "Ni nosotros impugnamos la Constitución, ni nosotros la aplicamos". Los decenios pasaron en santa y neoporfiriana paz. Sin embargo, aprovechando imperceptiblemente la tregua, el Episcopado abre su estructura, designando obispos a sacerdotes con mayor experiencia pastoral directa, con arraigo en sus lugares de origen, oriundos en un 60% de estados que no son Jalisco y Michoacán y sin memoria vital de la Cristiada. Es este nuevo episcopado, regional, el que busca un diferente *modus vivendi* con el Estado.



Gaudier-Brzeska, *Danzante de piedra roja*, c. 1913

En el caso particular de Chihuahua inciden otros factores. Después de un largo periodo de hibernación —la era de Gulzar—, los laicos católicos ascendieron políticamente durante la década de los sesenta. La democracia cristiana enlistó varias promociones juveniles en la responsabilidad social y "la promoción integral de la persona". (Su fervor tuvo, cuando menos, una derivación trágica: el asalto al cuartel de Madera el 23 de septiembre de 1962.) Otras instituciones y organizaciones desplegaron una labor paralela: Acción Católica, Movimiento Familiar Cristiano, el Instituto Regional (jesuita), etc... Tras una década de actividad, los laicos vivieron otra de receso. En los años ochenta muchos de ellos simpatizan con las posiciones de la Iglesia chihuahuense con respecto a la vida política.

Otros fenómenos exteriores convergen también. Las comunidades de base van descubriendo una teología de la liberación más cercana a Vasco Quiroga que a Leonardo Boff. El Papa perfila una especie de Reforma dentro del catolicismo que por un lado abraza ecuménicamente otras corrientes y religiones, y por otro busca hacer a las iglesias nacionales a imagen y semejanza de la iglesia polaca: como una autoridad moral no contra pero sí frente al Estado. Ninguno de estos factores convergentes internos o externos será pasajero. Inevitablemente, la Iglesia Católica en México, busca y buscará replantear su *modus vivendi*.

¿Cómo calificar los sucesos de Chihuahua? Los sacerdotes insisten en que el auge del PAN y la gran actividad política

que se aprecia en todas partes son fenómenos autónomos, signos de una lucha popular por la democracia. También yo lo creo. No desconfío de la vocación democrática de los chihuahuenses —fruto de su historia— pero sí desconfío, en cambio, de la democracia en boca de la Iglesia.

Mil quinientos años de historia muestran que es el integrista y no la democracia —menos aún en su acepción moderna— lo que se acerca más al espíritu político de la Iglesia. La democracia ha parecido siempre, a sus ojos, un fenómeno formal y sin contenido, como el liberalismo. Por otra parte, ya no en términos de contabilidad histórica sino de consistencia democrática, la exhortación pastoral, a mi juicio, acierta y falla. Acierta porque al reafirmar su autoridad, cuya naturaleza es fundamentalmente social, pone diques a la concentración del poder político. Pero falla al introducir la escatología en el ámbito falible y modesto de la vida pública:

Como pastores... sabemos que de la respuesta concreta que ustedes den a Cristo en sus actividades políticas puede depender, no sólo el bien de nuestra patria sino también la salvación eterna de ustedes.

La democracia, en sentido estricto, no admite actitudes supletorias de la conciencia individual. Al relacionar la economía de la salvación con la virtud política, la exhortación incurre en ellas. Malraux tenía razón: los problemas comienzan cuando Dios se sale de su sitio.

Viejo y nuevo panismo

Uno de los movimientos característicos de Manuel Gómez Morín consistía en entrecerrar los ojos haciendo oscilar hacia los lados leve y rítmicamente la cabeza para denotar decepción o lamento. Cuando hablaba del PAN en sus últimos años —murió en abril de 1972— el movimiento era casi perpetuo. "No resultó lo que yo esperaba", me dijo alguna vez. Jamás previó que su partido cobraría nuevos bríos a diez años de su muerte y en su estado natal.

El principal promotor, el apóstol del renacimiento del PAN en Chihuahua fue, por supuesto, el presidente López Portillo, sobre todo en su inolvidable recta final; pero antes que él, hay que reconocerlo, Gómez Morín puso su parte. Nunca dejó de pastorear al PAN en cada pueblo, en cada ciudad; nunca "perdió la querencia". En Chihuahua tenía amigos y discípulos. Alguna vez fue candidato a diputado por el 1er. Distrito de Parral pero su curul fue "congelada".

En uno de sus viajes a mediados de los cincuenta conoció al que ha sido, hasta hoy, el caudillo de la vieja guardia panista: Luis H. Álvarez. Nacido en Ciudad Camargo en 1919, Álvarez representaba para Gómez Morín al luchador cívico ideal: un empresario textil liberal, honesto y moderno, preocupado por los problemas sociales, insobornable, independiente y quijotesco. Después de dirigir la Cámara de Comercio y la Asociación Cívica de Ciudad Juárez, ingresa al PAN y se convierte en candidato a gobernador. Para sorpresa del candidato oficial —Teófilo Borunda— el joven Álvarez, de 35 años de edad, alcanza buenas votaciones y arma cierto revuelo con una caravana de protesta postelectoral de Ciudad Juárez al Zócalo. Dos años más tarde Álvarez es el candidato panista a Presidente de la República.

En los años sesenta la generación de Alvarez toma las riendas del PAN. Después del arranque vigoroso de los años cuarenta y de la depresión de los cincuenta (cuando el presidente Ruiz Cortines los llamaba "místicos del voto") los panistas iniciaron un periodo de cohesión y ascenso fincado, en buena medida, en la sensibilidad política de Christlieb Ibarrola. Aunque la pequeña reforma política de 1964 los benefició un poco, el gozo de la posible apertura se fue al pozo en 1968. Para 1970 consideraron seriamente la posibilidad de esgrimir, como única arma de protesta, el no participar en la campaña. Alvarez lo creía así y su opinión prevaleció en 1976. ¿Quién no recuerda el triste espectáculo del PAN en aquellos días? Con el ascenso en verdad ominoso de una corriente populista de pasado fascista y el retiro de personalidades como González Morfín, no faltó quien profetizara su quiebra. Por lo demás, si la única ocupación nacional sería "administrar la abundancia", ¿qué necesidad había de una "oposición leal"?

Aunque nunca dejó de trabajar en la formación de sus cuadros políticos, el PAN de Chihuahua se eclipsó también en los setenta. A las convenciones asistían 150 personas. De pronto, en los ochenta sobrevino la "desadministración de la abundancia". Lo demás no es historia: es presente. En 1983 Luis H. Alvarez llegó a la Presidencia Municipal de la Ciudad de Chihuahua. No hubo ocasión de fraude electoral: en un hecho sin precedente, el candidato del PRI, don Luis Fuentes Molinar, admitió su derrota antes que los alambiques del PRI comenzaran a urdir su misteriosa mezcla.



Jacob Epstein, *Figura de mujer*, 1913

La trayectoria del contador Francisco Barrio, a los 35 años candidato a Gobernador por el Estado de Chihuahua, es formalmente similar a la de Luis H. Alvarez, sólo que exactamente treinta años más tarde. Como Alvarez, Barrio trabajó en la iniciativa privada de Ciudad Juárez; dirigió una empresa de 140 personas (su "escuela de liderazgo"); llegó, sin ser empresario, a la Presidencia del Centro Empresarial, y, por obra y milagro del "shock" de la nacionalización bancaria, decidió ingresar al PAN. "Tan bonita carrera que llevabas", lamentaban sus amigos al enterarse de su candidatura a la Presidencia Municipal de Ciudad Juárez. "Si no ganamos, sacudimos", le respondía. Y ganó. Los mártires panistas se sorprendieron de la frase neopanista: "El PAN pierde porque tiene mente perdedora". A principios de 1986 el 66% de la Asamblea panista lo eligió candidato a Gobernador.

Le pregunto sobre la importancia de la religión en su vida: "Es lo más fuerte, lo más importante". Me explica que pertenece al movimiento carismático, al que ingresó siguiendo a su esposa. Solía leer *La agonía del cristianismo* de Unamuno, no para desgarrarse entre dudas sino a la caza de frases bíblicas. Estas, como es natural, lo condujeron a la lectura directa de la *Biblia*. El ingreso al Movimiento en el Espíritu Santo tuvo en él un carácter de "conversión y catarsis". Su despertar, afirmó una vez, fue similar al del profeta Jeremías.

Me encamino a una reunión de Barrio con un grupo de empleados de la R.C.A. En el tránsito compruebo su popularidad. El diálogo con los empleados es franco y claro.

Todos lo tutean. Reconoce que su táctica ha sido básicamente de "ataque" y "cuestionamiento", con "poco énfasis en un programa". Advierte sobre el "bloqueo informativo" a su campaña y aporta un ejemplo concreto en que las autoridades del centro intentaron clausurar una radiodifusora que, "para ser sinceros", ofrecía una cobertura "demasiado buena". La gente quitó los sellos. A pesar de todo "hay buen ambiente en el estado". Habrá mejor difusión. Se preparan audiovisuales. A sus colaboradores les exigirá honestidad y capacidad. De su gestión como Presidente Municipal hablan las cifras tan elocuentemente como su combate a la corrupción. Su propósito llano es "cumportarme bien", ser "auténtico y conciliador". Con el gobierno central "no hay guerra, no hay pleito". No existe vínculo alguno con el Partido Republicano, la difusión de su campaña en Estados Unidos "es natural porque es noticia". Un manejo eficiente de las finanzas estatales atenuará el efecto de la crisis; para ello cuenta ya con gente "lista para chambear". En cuestiones electorales ya "no se cuidan ni las formas... El fraude está en marcha... el gobierno pregunta textualmente que 'no va a soltar nada'... Tenemos que arrebatarlo... ¿Hasta dónde llegaremos?... Hasta todo. Evitaré la violencia pero no me doblegu, no blafeu..." En todo el estado el PRI enfrenta una situación difícil: en Jiménez, en Delicias, en Cuauhtémoc, en el noroeste donde el padre Camilo guía a "40,000 ejidatarios que votarán por cualquier partido menos por el PRI"; en Namiquipa, en Temosachic los aprietos oficiales son serios. Una encuesta reciente en Chihuahua favorecía al PAN sobre el PRI en una proporción de 3 x 1: "El fraude está canijo".

A la salida de la reunión me habla de su programa. Lo que busca es un "gobierno participativo que involucre a la gente en consejos consultivos que funcionen...Echarle a la sociedad parte del peso de problemas que también son suyos como el alcoholismo o la criminalidad". El "combate a la corrupción no será frase de campaña sino objetivo específico y prioritario, como lo fue en Juárez". Finalmente le pregunto sobre sus lecturas recientes: "Todo Gandhi", responde.

Sobre Barrio escribió hace unos meses José Fuentes Madero:

Proclive a la autoflagelación (son conocidas sus frecuentes huelgas de hambre), se aproxima al modelo de Gandhi o del Aytolah Jomeini... su campaña tendrá un tono de Guerra Santa. No pensemos inadvertido que el 15 de septiembre de 1984, con motivo de la ceremonia ritual de ese día, Barrio tuviera el tupé de gritar "¡Viva la Virgen de Guadalupe!".

Hay dos vertientes en Francisco Barrio: el político-administrador y el carismático. Su gestión en la Presidencia Municipal de Juárez y su programa denotan una concepción moderna del poder, un concepto instrumental y no místico de la autoridad. En cualquier sociedad moderna lo que se pide a un gobernante es eso, eficacia, no programas demagógicos de redención. Y sin embargo, la otra vertiente de Barrio vincula la política con formas de misticismo, saca a Dios de su sitio. Lo hace, quizá, porque presiente que para mover al PRI se necesita una fe que mueva montañas. También Madero la necesitó y la tuvo, pero, a diferencia de Barrio, mantuvo su fe dentro de los límites estrictamente privados, casi íntimos. Dios —y los espíritus— lo visitaban en un tapanco de su hacienda en Coahuila, pero nunca lo acompañaron a un mitin. Su único evangelio en público era la democracia.

En las elecciones internas del PAN para gobernador, Luis H. Alvarez, el demócrata sin más, perdió de modo aplastante frente a Barrio, el carismático. Según Rafael Landerreche Gómez Morín —heredero de la calidad intelectual y moral de su abuelo— el triunfo de Barrio sobre Alvarez se explica por una debilidad estructural del PAN. La vertiente democrática pura, maderista, vasconcelista, laica, la que representó Gómez Morín careció de "encanto" y requirió siempre el "remolque" de una mística religiosa. Basta comparar los escritos de Efraín González Luna contra Cárdenas con los de Gómez Morín para apreciar la diferencia. El lenguaje del primero, oriundo de Jalisco, era dogmático, anticomunista, anclado en el siglo XIX. El del segundo, nacido en Batopilas, era siempre matizado. Su discurso se concebía a sí mismo como parte de la Revolución Mexicana: la parte desvirtuada. El caso —continúa Landerreche— es que la actitud de Gómez Morín no tuvo arraigo y al remolque ideológico de González Luna siguieron otros francamente fascistas como el sinarquismo. Así se explica que el PAN de Chihuahua haya puesto la democracia en manos del carisma.

La explicación me convence pero no me consuela. Gómez Morín creyó en 1929 que el "encanto" de la democracia necesitaba, para prender, de una larga, difícil y anónima labor partidaria y cívica. La supervivencia de su partido

prueba que tenía razón. El hubiese querido que el PAN de Chihuahua pusiera la democracia en manos de la democracia.

El ascenso del PAN en Chihuahua tendrá quizá como límite las elecciones. Hasta ahora, al menos en las calles de Chihuahua o Juárez donde se concentra el 80% del electorado, su capacidad de convocación salta a la vista: mítines concurrenciosos, campañas de afiliación simbólica con distintivos y calcamánas, participación política hasta de los niños. El estribillo de campaña lo dice todo: "En Chihuahua... ¡Ya es tiempo!". Las razones del ascenso no son menos evidentes. Las más próximas, por supuesto, son la crisis económica del sistema, el derrumbe de expectativas en la clase media, la reanimación del laicado militante, la politización creciente, la existencia de una estructura panista previa que el neopanismo puede aprovechar (cosa que existió menos en Sonora o Nuevo León). Las más remotas y profundas se encuentran, a mi juicio, en la historia de Chihuahua, en su gravitación natural hacia la autonomía. En Chihuahua "el centro chilango" sigue siendo —y, con la comunicación moderna, mucho más— la fuente de todos los males, el lugar de los litigios, los permisos, las "mordidas", los "rollos", los dobles, la expoliación, el legalismo, la dictadura de escritorio, los privilegios, la tecnocracia, la burocracia, la ideocracia, los increíbles subsidios, el despotismo ilustrado, el paternalismo, la gesticulación. Es el viejo agravio federalista que se inició en la Independencia y no ha concluido. Es el viejo orgullo de la isla apache atendida siempre a sus propias fuerzas.

La triple teoría conspiratoria sobre el ascenso del PAN me parece falsa. La influencia de la Iglesia converge en el proceso, lo apoya y lo aprovecha pero no mueve las actitudes cívicas. Tampoco está clara la "penetración" yanqui en la conciencia virgen del electorado chihuahuense, de cuya defensa de la identidad mexicana la historia da testimonio pleno, mucho más que en otras regiones del centro. Se ha hablado también del dinero norteamericano en las arcas del PAN. Si existen pruebas ¿por qué no se exhiben? El argumento habitual es que en Chihuahua está en jaque la soberanía nacional. ¿En qué sentido concreto México sería menos México con un gobernador no priista en Chihuahua? Fueron dos gobiernos priistas los que, en gran medida, hipotecaron al país entre 1970 y 1982. Si los 100 mil millones de dólares que debemos al 10% hubiesen entrado al país como inversión extranjera, repatriando el 4% (después de cubrir sueldos, impuestos, compras, reinversiones, etc.), ¿no tendríamos, en sentido concreto, más soberanía? Esgrimiendo esa palabra mágica se ha llegado a extremos: si Reagan insiste —según se dice— en que México debe democratizarse, mantener el *status quo* en Chihuahua, aún a costa de los electores, es defender la soberanía. Así, se incurre en la mayor dependencia: normar los actos propios, por el miedo a la dependencia, atender no a la bondad intrínseca de los actos sino a lo que sobre ellos piense el adversario. La verdad es distinta: al cambiar el *status quo* no se disminuye la soberanía de la nación sino la soberanía del PRI. En cambio el fortalecimiento de Chihuahua a través de la democracia no puede conducir sino al fortaleci-

miento nacional. Queda, en fin, la tercera *bête noire*, los empresarios. Su apoyo al PAN es relativo. De los 700 miembros del Centro Empresarial, 50 son abiertamente panistas. La gran empresa de la Ciudad de Chihuahua es priista, igual que el mayor empresario de Juárez, candidato oficial a la Presidencia Municipal. La mayoría del empresario chihuahuense para todos los efectos prácticos es apolítico, o cuando mucho, "prende dos veladoras". El juicio de Luis H. Álvarez parece exacto: "Se ofende al electorado de Chihuahua al decir que lo manipulan los empresarios, la Iglesia o los Estados Unidos".

Que el ascenso los lleve al triunfo es otra cuestión. Según Barrio "el fraude está canijo", pero el propio PAN admite que el PRI ha echado a andar la más avanzada tecnología política para triunfar. Según información del periodista Jaime Pérez Mendoza, los seis hechos políticos que textualmente denuncia el PAN son los siguientes: 1. La destitución del gobernador Oscar Ornelas con el propósito de impedir la instauración de un sistema democrático. 2. La férrea postura del Gobierno del Estado para impedir que trabajadores, maestros, padres de familia y campesinos manifiesten su apoyo al PAN. 3. Las presiones en los medios de comunicación, en especial a los concesionarios de radio y televisión, para apoyar abiertamente al partido oficial. 4. Las reformas al proceso electoral, obstruyendo el libre juego de los partidos políticos y haciendo burla de la democracia. 5.- La manipulación del padrón electoral para impedir el ejercicio auténtico del sufragio; la eliminación de miles de nombres del padrón electoral y la retención de credenciales. 6.- La integración de la Comisión Estatal Electoral con el criterio de favorecer al partido de gobierno.

Para contrarrestar un fraude que, a su juicio, ya está en marcha, Barrio anunció su primera medida gandhiana: la desobediencia civil. La idea causó alguna expectación en Chihuahua, pero no tuvo eco en el ámbito nacional. Este factor de aislamiento, desfavorable al PAN, se agudizará durante el mes de junio debido al campeonato mundial de fútbol. Para predecir lo que ocurrirá después del 7 de julio son inútiles los instrumentos de un historiador: se necesita un nigromante. Pero aventuro una hipótesis: a menos que se diera un improbable cambio en el Colegio Electoral con personas que cuenten con una legitimidad fuera de duda, el triunfo del PRI —aun cuando fuese real— parecerá ilegítimo. La respuesta, en este caso, será más intensa y prolongada que lo que fue en Nuevo León y Sonora. Sin descartar que hay procesos históricos silenciosos, subterráneos y procesos sociales vivos en el noroeste cuya confluencia con una querelela electoral podría desatar la violencia. Que la capacidad represiva del Estado esté intacta y la fidelidad del ejército se halle libre de toda sospecha, no son un consuelo para esa posible situación. Así como Chihuahua merece la democracia, el Estado mexicano no merecería —como no lo mereció en 1968— la mancha de la represión.

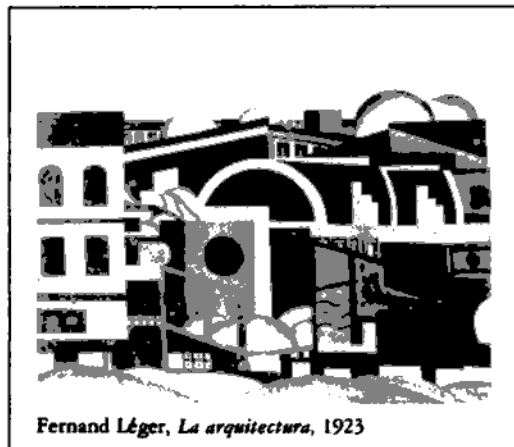
La contradicción interna del PRI

Que el PRI de Chihuahua no es un modelo de vigor y cohesión es algo que los propios priistas admiten. Los dos brazos fundamentales de su estructura corporativa, la CTM y la CNC, atraviesan por problemas. A la muerte del líder Mar de la Rosa la CTM local entró en un periodo de

debilidad externa y divisionismo interno. De lo primero da fe el FAT, organización obrera independiente nacida de la antigua democracia cristiana y cuyo emblema representa ahora, con otras siglas, los intereses obreros en uno de los conflictos más serios —aún irresuelto— de la historia local reciente: la prolongada huelga de aceros de Chihuahua. Sobre el divisionismo basta leer la prensa:

Estalló la violencia física entre los rutereros cetemistas, debido a que Doroteo Zapata y Antonio Ramírez (CTM), impusieron como dirigente de la Unión Sindical de Trabajadores del Transporte Público a Margarito Hernández Dávila, sin hacer caso de las protestas que surgieron en la asamblea a que se convocó sin dar aviso a la generalidad de los concesionarios y chóferes.*

La CNC tampoco atraviesa por su mejor momento. La sola presencia del P. Camilo Daniel a la cabeza de decenas de miles de campesinos en el Noroeste prueba que el "voto verde", en que tantas esperanzas pone el PRI, podría no ser tan abundante. El candidato Baeza ha hecho, al parecer,



Fernand Léger, *La arquitectura*, 1923

gestiones personales ante las autoridades del centro para que los problemas de adeudos y precios se resuelvan. Con todo, aquí y allá la prensa da cuenta de tomas de bodegas de Conasupo por campesinos.

"La confianza pierde al hombre —me recuerda Héctor Chávez— y la confianza perdió al PRI. Por mucho tiempo nos gobernaron hombres con poco arraigo". Soto Máñez —apodado "Sotolito" por su inmoderación etílica— fue gobernador debido al único aunque indudable mérito de que su madre era la dueña de la casa de huéspedes que alojó, en tiempos de estudiante, a Miguel Alemán Valdés. Con el tiempo, se incurrió en otro vicio: el personalismo. De Manuel Bernardo Aguirre los propios chihuahuenses contaban que sus dos únicas ambiciones en la vida eran ser gobernador y concluir sus estudios de primaria, pero su gobierno no fue malo. Menos aún lo fue —según opinión generalizada—

* Los datos periodísticos provienen de la excelente revista mensual editada en Chihuahua: *Información Especializada*.

el de Oscar Flores Sánchez. Ambos tenían arraigo, pero por sus divisiones y su confianza excesiva, olvidaron el trabajo de zapa: los cuadros, la politización. Meses antes de las elecciones de 1985, el propio Flores Sánchez le comentaría a Fuentes Mares:

A ver dígame, dígame... los nombres de tres buenos candidatos a diputados federales... ¿Verdad que no hay uno solo? En el PRI no tenemos con quien dar la pelea...

Los azares de la vida y la amistad del presidente López Portillo hicieron que en 1980 llegara a la gubernatura un profesor de Teoría del Estado, ex rector de la Universidad de Chihuahua, hombre discreto de convicciones pluralistas: Oscar Ornelas. Según recuerda uno de sus discípulos, Ornelas veneraba a Montesquieu. Quizá por eso sus primeras actitudes políticas parecieron tan dubitativas que lo asemejaban a un "Hamlet moral".

Hamlet o no Hamlet, Ornelas se decidió a no usar la violencia con fines electorales. Ya en 1980 esta abstención provocó problemas al PRI en algún municipio, pero en 1983 —en plena crisis— la votación a favor del PAN y la presión del centro lo colocó en una situación verdaderamente hamletiana. El resultado, como se sabe, fue la victoria panista en varios municipios importantes del estado incluyendo a la capital. "Para mí no es problema gobernar con un Presidente Municipal panista", declaró. Y en efecto, las relaciones con Alvarez fueron, en lo que cabe, respetuosas.

En 1985 hubo elecciones para diputados locales. Un distrito tuvo que ser congelado, porque la victoria del PAN hubiese equilibrado la representación en el Congreso. En septiembre estalla un conflicto estudiantil que Ornelas no sabe o no puede controlar y el 19 de ese mes cae. Tiempo después, el "Hamlet moral" declara a un diario nacional:

Hubo quienes sugirieron utilizar la represión para frenar al PAN. Pero la violencia se hubiera desbordado sin control. Peor que en San Luis Potosí, peor que en Oaxaca. Decidí entonces respetar la voluntad popular. Luego tuve que renunciar. (En cuanto a las elecciones de julio, advierte: Si el PRI no atina en la selección de candidatos para alcaldes y diputados locales, el partido sufrirá la peor debacle de su historia. Más grave aún que en 1983.

Hubiese querido conocer al candidato del PRI, Fernando Baeza. A pesar de mi insistencia su agenda no lo permitió. Por varios conductos, incluyendo a la oposición, recibo una buena opinión sobre él. Es 10 años mayor que su principal oponente. Nació en Delicias, en una familia de rancheros. Su padre fue fundador, o cuando menos militó, en el PAN. Baeza estudió en el Instituto Regional de los jesuitas, en la Universidad Iberoamericana y en la UNAM, donde conoció, de cerca, a una de las mentes finas del PAN: Rafael Preciado Hernández.

Su carrera política arranca en la Presidencia Municipal de Delicias. Cuentan que el padre le dijo: "No voto por ti", pero como Baeza quería ser líder y no mártir (no eran, recuérdese, tiempos de crisis) hizo una buena gestión en su municipio y siguió avanzando: Oficial Mayor del Procurador Oscar Flores, Diputado Federal y Subprocurador General de la Nación. Para Fuentes Mares Baeza era el "único candidato posible" para el PRI en Chihuahua: "tranquilo,

conciliador... tiene la presencia de un profesor universitario y se expresa como tal... dará a su campaña el tono de una mesa redonda".

Confirmé las palabras de Fuentes Mares en la inmensa concentración en que el CEN del PRI les tomó protesta a los candidatos a Diputados locales, Presidentes Municipales y Regidores. La ceremonia tiene lugar en el Gimnasio Manuel Bernardo Aguirre. Afuera, en las bardas, la propaganda del PRI no parece del PRI sino de Baeza. A veces aparece el slogan solo ("Porque sí cumple" o "Porque es diferente"), a veces sólo su cara, pero sin el distintivo PRI. Adentro, el ambiente es de tianguis, espectáculo, fiesta, futbol, toros, todo junto. En la tribuna central, frente al *presidium*, unas chicas, no demasiado graciosas, desenrollan sus telitas tricolores con el símbolo del partido. Los principales órganos están presentes: CRT, SNTE, CTM, CROC, etc... Uno de los candidatos a alcalde exclama henchido de fervor: "Chihuahua vive un día magno". La multitud está feliz, aunque no presta demasiada atención a los oradores iniciales. De pronto, en galkola, un grupo de jóvenes obreros que blanden banderas rojinegras comienza a gritar una y otra vez, con evidente rabia: "¡Aceros, solución!" Baeza toma el micrófono.

Después de ofrecer su "instancia conciliadora" a los huelguistas, hila un discurso de la más pura cepa democrática: "nuestro principal compromiso es con la democracia... respetaremos la voluntad popular el 6 de julio... la palabra ha perdido credibilidad... los chihuahuenses están cansados de buenas intenciones..." No faltan conceptos como "bienestar común" o "virtud política" que no es usual oír en un santuario del PRI. De pronto todo se interrumpe. "¡Aceros solución!" Pero dejemos al reportero del *Heraldo de Chihuahua*, insospechable en verdad de simpatías priistas —aunque quizá "carismático" embozado— la narración del desenlace:

Fue en ese momento, cuando los de Aceros parecían dominar el campo y no tenían para cuando dejar la provocación, que un par de voces femeninas se escucharon apenas en la parte superior de la tribuna principal.

"Baeza, Baeza", comenzaron tímidamente a corear. Fue como una chispa. Una especie de pentecostés político que contagió a todos.

...los trabajadores de Aceros habían logrado bajar sus mantas a la primera fila del lunetario, a la mitad del lado izquierdo. Iban en retirada en medio de los gritos "Baeza, Baeza, Baeza..."

Y en ese momento de triunfalismo, de victoria en el que es fácil fulminar con excomuniones y exorcisar a los demonios, Baeza demostró qué tan válidas son sus banderas de concordia y unidad.

Con mucha suavidad puso el freno y no permitió que la Convención se desbordara.

"Lo único intolerable es la intolerancia", dijo con voz firme.

Sus palabras finales volvieron al tema de la pluralidad, la tolerancia y la democracia:

—No pretendemos ni deseamos unanimidad porque esta somete la voluntad.

—No queremos incondicionalidad porque lo incondicional prostituye.

—Queremos participación libre, convencida y razonable.

—No vamos a desmayar en la búsqueda de la unidad en la concordia, el único camino para superar a los chihuahuenses.

Un chiste chihuahuense asegura que ganará F.B. Lo mismo cabe afirmar del discurso: cualquiera de los F.B. podía haberlo firmado.

La táctica del PRI de Chihuahua es la misma que ha dado frutos al sistema durante su ya larga y respetable existencia: incorporar, incluir, cooptar. Así como Echeverría lanzaba críticas al poder... desde el poder, así el candidato Baeza —por convicción moral; quizá porque no advierte, hasta ahora, doblez en ello— se apropia de un lenguaje democrático que no es priista para neutralizar al PAN. El problema de su "empanizamiento" —neologismo chihuahuense— es que entra en contradicción interna con los métodos político-electorales del PRI. "El PRI, dice Zacarías Márquez, no puede ser demócrata sin serlo". Ornelas quiso ser demócrata y priista, pero sólo logró ser ex gobernador. Si en términos estrictamente democráticos la Exhortación pastoral es criticable por suplir la conciencia individual ¿qué decir de los métodos de exhortación supletoria del PRI: movilizaciones, amenazas, cohechos, acarreos, tortas...? ¿Y qué del fraude electoral? Que no suple la conciencia individual: suple al individuo.

La izquierda posible

El profesor Antonio Becerra Gaytán, "nacido y malcriado en Chihuahua", es ante todo un tipo simpático a primera vista. Cincuentón, sencillote, su risa abierta y franca denota alegría no chocarrería ni relajo. "La confusión en el PRI es tal —me comenta para abrir boca—, tal la improvisación y falta de cuadros, que en muchas asambleas locales se les coló gente para que salieran los candidatos peores... y salieron".

Su trayectoria va de la ortodoxia a la heterodoxia. Educado en Tlaxcala, hijo de militar, profesor normalista, vendedor de libros, "líder charro sin saberlo", que por tomar en serio una huelga en Parral dejó de serlo, seguidor de Othón Salazar, fundador del Movimiento Revolucionario del Magisterio... en 1960 se hace comunista "para procesar lo que le pasaba". "Hay que entender el momento —explica como excusándose levemente—, no era sólo Othón, era el MRM, el movimiento ferrocarrilero, Cuba, el conflicto de Bosques de Chihuahua". Descarta el lombardismo porque "la sumisión al Maestro me molestaba". Al mismo tiempo inicia, con esfuerzo autodidacta, una carrera académica: desde entonces da clases de Psicología e Historia de México en la Universidad Autónoma de Chapingo. Un personaje importante en el mundo académico de Chihuahua, el profesor Federico Ferro Gay, le descubre algunas vetas de filosofía moral. El 2 de octubre de 1969 Becerra sufre un secuestro político. Medio mundo pide su liberación. El PAN hace ruido. Y —sólo podía pasar en Chihuahua—, ¡el Obispo ofrece una misa! Un alumno suyo comenta: "La derecha lo hizo demócrata".

Viajó al este, pasó un año en la URSS ("pueblo formidable"). Pensó que en la URSS "lo que fue necesidad se volvió hábito y ahora política". En Rumania dijo para sí: "Yo no peleé por esto". Criticó la invasión a Praga. En los setenta participó en la autocrítica del PC (¡Somos una secta!) y convino en el cambio al PSUM. De sus días de diputado federal recuerda una anécdota autocrítica: Carlos Sánchez

Cárdenas admoniza al panista Carlos Castillo Peraza: "Cuando lleguemos al poder, no quedarán ni sus huesos". A lo que Castillo respondió: "En cambio, cuando nosotros lleguemos al poder usted podrá vivir tranquilamente con todo y sus huesos".

Su interpretación sobre la actitud del PRI es casi silogística. Según el diagnóstico del PRI, explica Becerra, el PAN es apoyado por el clero y por los empresarios. Medida pavloviana: meter un candidato "empanizado", no sólo no jacobino sino super religioso y cooptar empresarios. La estrategia es equivocada por motivos de legitimidad moral: 1) no debieron deponer a Ornelas; 2) no debieron elegir a Baeza sino a Fuentes Molinar, que había ganado respeto con su valiente renuncia en 1983 frente a Luis H. Alvarez:

Lo que el gobierno no ve es que perdieron porque el electorado, vivo, perspicaz, se decidió a votar con libertad... la gente está hastiada de la manumisión. Su actitud no es ideológica sino de libertad... El PRI perdió la sensibilidad de reconocer la cultura del hombre libre frente a la cultura del empleado.

A juicio de Becerra también el PAN erró en su elección:

Luis H. Alvarez representa valores como el honor y la dignidad. Con puntería de apache dijo en 1983 'no triunfa el PAN sino el pueblo de Chihuahua'. En cambio Barrio suple su falta de sensibilidad política con un uso excesivo de la religión, con apelaciones irracionales, estímulos mercado-técnicos y un prosaísmo que vuelve innecesariamente partidista una lucha que es del pueblo. No hay que inducir al hombre libre al voto, hay que seguirlo.

La relación de Becerra con su propio partido, el PSUM, no ha sido fácil. "Donde gane el PAN no firmo", le dijo algún compañero, a lo que contestó:

Defender el voto, es poner la pica en Flandes. No se es demócrata limitado. ¿Tienes o no confianza en las masas? O lo haces o te niegas.

Pienso en la fuerza electoral que tendría la izquierda mexicana con uno, dos, mil Becerras. Leo un demagógico folleto que se distribuye en sus oficinas y pienso que él no lo redactó. Porque si la Iglesia suple a las conciencias individuales y el PRI a los individuos, el dogmatismo de izquierda del siglo XX suple a los individuos, las conciencias, los partidos, la Iglesia, la Historia, la moral y —no sólo moviéndolo de sitio, sino bajándolo del cielo— a Dios.

En el avión de vuelta a la ciudad de México, yo, chilango pecador, quiero sacar conclusiones de lo visto y oído. Al recordar el comentario final del profe Becerra, democráticamente, desisto:

Si a este electorado no se le reconoce sobrevendrá el repliegue y la frustración. Chihuahua vive hoy la revolución de la democracia. Chihuahua puede ser la cuna de los tiempos nuevos.

30 de abril de 1986.